

panorama literario de Nuevo León, con una propuesta que aportan un grupo de maestros del área de literatura, quienes a sabiendas de los riesgos que implica publicar y de la escasa o amplia aceptación que se tenga en el medio, se han reunido y presentan sus textos en este libro.

Así, "Después de la lluvia", Narrativa Universitaria, pretende ser el resultado de conjuntar creatividad y tenacidad y, sobre todo, un claro ejemplo de que la literatura mantiene su presencia en el horizonte cultural universitario, pues siempre hemos creído que el esfuerzo creador del ser humano merece nuestro respeto y admiración.

Los textos que forman este libro, son un reflejo de que escribir para abrir espacios - donde el pensar y el sentir fluyen a través de personajes, verbos, palabras y signos - es una tarea que al mismo tiempo que devuelve al hombre su dimensión espiritual, lo coloca firmemente en su entorno social, como testigo y actor.

Ing. Jaime César Vallejo Salinas.

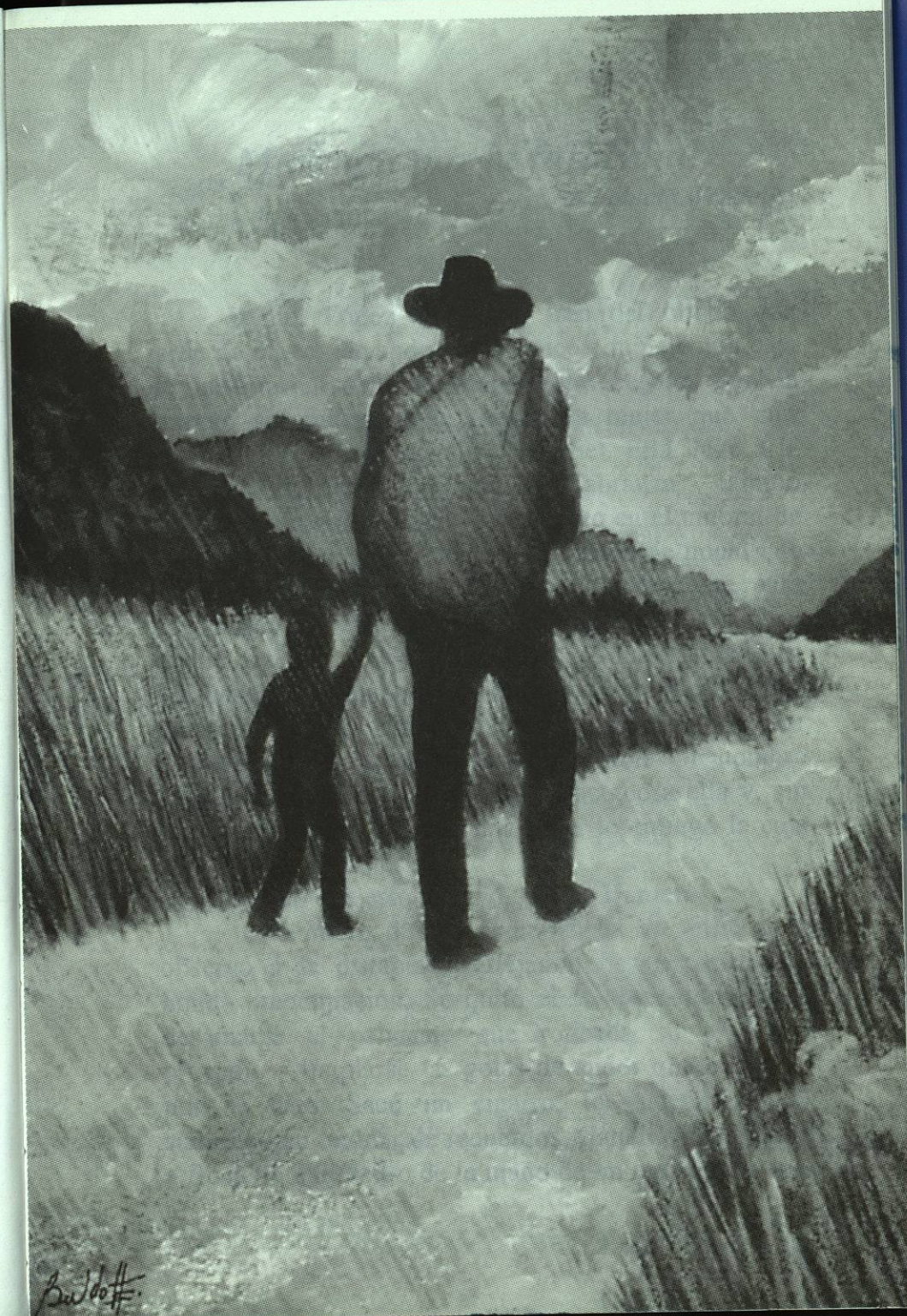
Luis Antonio Lucio López

panorama literario de Nuevo León, con una propuesta que aportan un grupo de maestros del área de literatura, quienes a sabiendas de los riesgos que implica publicar y de la escasa o amplia aceptación que se tenga en el medio, se han reunido y presentan sus textos en este libro.

Así, "Después de la lluvia", Narrativa Universitaria, pretende ser el resultado de conjuntar creatividad y tenacidad y, sobre todo, un claro ejemplo de que la literatura mantiene su presencia en el horizonte cultural universitario, pues siempre hemos creído que el esfuerzo creador del ser humano merece nuestro respeto y admiración.

Los textos que forman este libro, son un reflejo de que escribir para abrir espacios - donde el pensar y el sentir fluyen a través de personajes, verbos, palabras y signos - es una tarea que al mismo tiempo que devuelve al hombre su dimensión espiritual, lo coloca firmemente en su entorno social, como testigo y actor.

Ing. Javier César Vallejo Salinas.



Marcada por la fatalidad

A Fabiola Wendolyn

Daniel López abordó el tren del olvido una tarde de mayo, llevando como único equipaje una caja de madera envuelta en papel para regalo, que le entregó sin muestras de alegría la mujer que más amaba en su vida: Raquelina Montiel. Ella llegó a la estación en una carreta de labranza, caminó penosamente por el andén y se detuvo en el umbral de la sala de espera. Apoyada en un bastón de nogal que el carpintero del pueblo realizó especialmente para ella, buscó entre los viajeros el rostro del hombre al que le dio todo su ser. Descubrió a Daniel sentado en las bancas de madera, junto a indigentes de paso, mineros en desgracia y rancheros sin fortuna, y por primera vez lo vio en su real dimensión. Un hombre que la acompañaba a distancia se acercó a ella y, sin que mediara una orden o una seña, le entregó la caja con envoltura de fiesta.

-Creo que esto es tuyo, -dijo a Daniel.

El hombre que la acompañaba se retiró y la observó a la distancia, reflejando en su rostro una honda preocupación. Se quitó el sombrero de palma, desamarró el paliacate que rodeaba su cuello y procedió a limpiarse las gotas de sudor que escurrían por su cara. Sacó un cigarro, lo encendió y se sumergió en un mar de recuerdos. Cándido Solar llegó a Boca de San Pedro de la mano de un mendigo al que

confundió con Santa Clos y que lo raptó de su casa, aprovechando la ausencia de sus padres y las ilusiones que albergaba su mente infantil. El indigente llegó al jacal pidiendo algo de comida, cuando el pequeño esperaba la llegada del recolector de leche, quien diariamente acudía por el producto de la ordeña y que por razones que siempre ignoró, aquella ocasión se había retrasado.

-No hables con ningún extraño, -le dijo su mamá cuando junto con su esposo se dirigió a la labor a iniciar los trabajos de siembra de maíz para la cosecha temprana. En aquel tiempo la región vivía la crisis más fuerte de su historia. Caminos y veredas estaban llenos de vagabundos y maleantes que asaltaban a la gente a plena luz del día. Los menos violentos pedían qué comer en las rancherías y seguían errantes, sin destino.

Los niños tenían años de no recibir la visita de Santa Clos y sólo sabían que existía por las pláticas que sus padres les hacían. Por eso a Cándido Solar no le pareció un extraño el vagabundo que tocó a la puerta de su casa con un bulto colgándole en la espalda. El prominente estómago, las largas barbas y la cabellera blanca, le dieron la certeza de que era la visita que anhelaba.

-¡Eres Santa Clos!, ¡Eres Santa Clos!, -dijo saltando de alegría sin notar el asombro que en el indigente había provocado.

-¿Están tus papás? -preguntó.

-No. En este momento se encuentran en la labor preparando la tierra, -respondió.

El indigente entró a la casa seguido de un niño emocionado, cargó en su bulto los alimentos que estaban en la alacena y salió al camino llevándolo de la mano.

-¿A dónde vamos? -Le preguntó.

-A darte tu regalo.

-¿Qué es, qué es?

-Un largo viaje.

Cuando lo conocí fijando durmientes en las vías del tren minero, Cándido Solar no recordaba su nombre original, ni la ubicación de la tierra que lo vio nacer. Ignoraba su edad y la que tenía cuando fue secuestrado por el errante al que confundió con Santa Clos y que lo trajo de pueblo en pueblo pidiendo limosna para sobrevivir. El vagabundo lo hacía pasar como su nieto que quedó huérfano de padre y madre, y como su único familiar tenía el deber de formarlo y hacerlo hombre de bien. Con el paso del tiempo las ilusiones infantiles huyeron de su mente de niño y Cándido Solar dudó de aquella historia que su supuesto benefactor repetía hasta el cansancio. Una noche sus verdaderos padres se aparecieron en su sueño y le dijeron la verdad. Entonces despertó llorando y con una rabia inmensa atacó a su raptor. Lo agarró de las barbas y lo arrastró por toda la bodega de la estación del ferrocarril, donde dormían aquella noche, y lo enfrentó:

- Tú no eres mi abuelo, ni eres Santa Clos, maldito.

El vagabundo sacó un machete que utilizaba para abrir brechas, arrojó la funda hacia un lado y se abalanzó sobre él dispuesto a matarlo:

-Y tú no eres un niño, eres el vivo diablo, eres satanás; le dijo mientras con su machete cortaba la tranquilidad del aire.

Aquella noche los gritos de auxilio llegaron hasta el jacal de mis padres:

-Algo pasa en la bodega, mamá. Dije preocupado. "Duérmete, son los borrachos", contestó abatida por el cansancio que le provocó la jornada del día.

Carpio de León, quien vivía frente a la bodega, se levantó al escuchar los gritos que surcaban el viento en busca de ayuda. Tomó entre sus manos la carabina calibre veintidós que mantenía cargada en un rincón, y salió a la defensa de un niño que estaba a punto de ser degollado a unos metros de su casa:

-Deje tranquilo a ese niño o ahorita mismo se muere.

Un disparo rompió el silencio de la noche, también los golpes de un anciano alcoholizado que huía en estampida, cayendo entre las sombras de la noche, por una vereda que lo vio salir del pueblo para nunca volver. En la madrugada Carpio de León bautizó al pequeño con el nombre de Cándido Solar, cuando éste le contó que no tenía nombre, ni familia, porque fue raptado por un vagabundo que se aprovechó de su inocencia cuando esperaba el carretón lechero a las puertas de un solar.

El descubrimiento de vetas de plata en los cerros del oriente, trajeron trabajo y progreso a Boca de San Pedro. Se instaló una compañía minera, cuyos propietarios ordenaron la construcción de un ferrocarril de veinticuatro kilómetros de las bocaminas a la fundición para luego entroncarlo con la vías del Ferrocarril Mexicano, por donde viajaría el metal ya procesado. Por la escasez de mano de obra, la compañía contrató a adolescentes y ancianos, y entre los primeros íbamos Cándido Solar y yo. Desde el primer día nos asignaron la labor de cargar durmientes de madera, para fijarlos en la vía, clavarlos y cubrirlos con basalto. Mientras nos afanábamos en aquellas tareas, Cándido Solar me relataba los momentos difíciles de su corta vida.

Con el sueldo que obtenía pude ayudar a mi mamá a mantener a mis seis hermanos, pues mi padre se había marchado en busca de fortuna y jamás volvimos a saber de él. Los primeros meses de su ausencia la situación fue tan crítica que comíamos plantas silvestres y leche de las burras que vagaban sueltas por la pradera. En diciembre mi principal preocupación fue comprar juguetes para mis hermanos, pues tenía el temor fundado de que algún vagabundo llegara a nuestra casa y se llevara a alguno de ellos como ocurrió a Cándido Solar. Fue en esos días de invierno cuando llegó al pueblo Raquelina Montiel, venía en un góndola del Ferrocarril Mexicano, vestida de blanco, huyendo de una boda que no se consumó. Durante varias horas viajó a la

intemperie, de tal manera que su piel estaba amoratada y sus pulmones obstruidos por el inicio de una afección respiratoria. Cándido Solar, que para entonces ya ocupaba un puesto de vigilancia en el área de vías, la vio caminar por los rieles de la espuela del tren minero. Por un momento pensó que se trataba del fantasma de alguna mujer que habitó el Real de Minas en la época de la Colonia, por lo que se hincó, rezó un Padre Nuestro y dos Aves Marías, sin lograr que ella desapareciera. Entonces vino a su mente un conjuro de su infancia y abriendo sus brazos y cruzando sus dedos gritó:

-Cruz, cruz que se vaya el Diablo y que venga el Niño Jesús.

Sólo logró que la aparecida avanzara hacia él. La mujer gimio un "ayuuu" y cayó al suelo; y entonces la lógica pueblerina de Cándido Solar lo llevó a concluir que se trataba de un ser vivo. Escuché ladrar los perros con más insistencia que de costumbre aquella madrugada de fin de año, por eso cuando oí pasos que se aproximaban deduje que venía un extraño. Tomé el machete que mi hermano Pedro utilizaba para cortar la lluvia en temporada de chubascos y salí a la mitad del camino.

-¿Quién vive?, grité.

-Soy yo, Cándido Solar.

Inmediatamente llevamos a la mujer a la cocina para que su cuerpo recibiera el fuego de la chimenea, y mamá Joaquina extendió el catre que mi padre había dejado al partir hacia el exilio. Le ayudamos a darle un

trago de mezcal que la trajo de su inconsciencia y que le devolvió a su piel el color que había perdido.

-¿Cómo te llamas hija?, -preguntó.

-Raquelina, Raquelina Montiel...

Fue lo último que escuchamos, Cándido Solar regresó a su trabajo y yo al descanso que tanto anhelaba.

Horas antes de llegar a Boca de San Pedro, Raquelina Montiel huyó de la iglesia en que se iba a celebrar su boda, cuando una mujer y su pequeño irrumpieron en el atrio justo cuando el sacerdote preguntaba por algún impedimento:

-El es el padre de mi hijo, gritó.

Raquelina no pudo soportar la pena y salió corriendo de la misa, dejando en el altar un novio mudo por la sorpresa y en el más completo asombro a familiares y amigos. Se desplazó sin rumbo por calles y veredas de aquella ciudad de la frontera, hasta que su carrera fue detenida por los carros de un tren carguero que estaba atravesado. El convoy avanzó luego de que el garrotero hizo el cambio de vía, Raquelina subió a él y lloró su desdicha en una góndola vacía.

-Te voy a olvidar Daniel López, te voy a olvidar...

Raquelina y Daniel se conocieron en su infancia, crecieron juntos y se enamoraron. Ella era hija de una familia de clase media, su padre ejercía como maestro y su mamá había servido de enfermera

en la época de la Revolución. El papá de Daniel era un telegrafista jubilado y su madre disfrutaba de una herencia de sus padres agricultores.

Cuando me dejaron sola los muchachos, le quité su vestido de novia y le unté grasa de oso con extracto de menta en todo su cuerpo, para que sudara el frío que traía pegado en los huesos y que los bronquios se abrieran. En su pierna izquierda descubrí el tatuaje en forma de corazón con las iniciales D y R.

-Y esto por qué te lo hiciste hija, le pregunté.

-Fue un error de juventud, señora, -me contestó.

Entonces me contó que una tarde de abril se entregó a Daniel, al terminar un día de campo en la hacienda de Los Nogales que pertenecía a la mamá de él.

-Vamos a casarnos, -le propuso.

-Estás loco, somos muy jóvenes -le respondió.

Nunca comprendió la urgencia de Daniel de casarse con ella.

-Entonces tengo que asegurarme de que pase lo que pase serás mi esposa -le dijo.

-¿Cómo?.

-Tatuándote un corazón en esta pierna -le dijo.

-Haz lo que quieras tonto, yo siempre te amaré.

Daniel López cortó una larga espina de mezquite y razgó la pierna de Raquelina trazando un corazón casi perfecto. A pesar de que la sangre le brotaba y la piel le punzaba, ella no se quejó. Soportó con estoicismo aquella segunda prueba de amor y

vivió la condena de siempre vestir faldas largas. Ambos tenían diecisiete años y pactaron casarse cuatro años después, cuando alcanzaran los veintiuno.

-El día que te quieras casar con otro hombre, primero tendrás que cortártela -sentenció.

Daniel López tardó en reaccionar aquella tarde en la iglesia cuando Raquelina lo dejó plantado en el altar, agobiada por la pena.

-Un momento señor cura, esta mujer miente, el niño no es mío -aclaró. Después se abalanzó sobre ella, le apretó el cuello con las manos para obligarla a confesar que todo era una mentira. El niño comenzó a llorar en los brazos de su madre y ella retiró la acusación.

-Hijo, suéltala por el amor de Dios -intervino el cura.

Macarena Salazar cayó al suelo a punto de morir de asfixia. Recuperó aire y expresó:

-Está bien diré que todo es falso, pero te maldigo para que seas infeliz toda la vida.

Daniel sintió un escalofrío correr por su cuerpo, pero se sobrepuso y salió corriendo en busca de Raquelina, dejando a los asistentes anonadados por su actitud.

Durante dos años viajó por pueblos, rancherías y ciudades, sin que nadie le diera razón de una mujer con la pierna tatuada. Cruzó ríos, trepó montañas y atravesó desiertos dejando en el camino decenas de caballos muertos de cansancio. A punto de agotar su